

LA ENSEÑANZA PROGRESIVA

EN LOS

ESTADOS UNIDOS

AUNQUE no se sabe todavía cuál será su destino final, se ha acordado aplazar hasta junio próximo el cierre de la Escuela Horace Mann-Lincoln, conocida, generalmente, por el nombre de «cuna de la enseñanza progresiva», en tanto que una Comisión, compuesta por cinco profesores de la Escuela Normal de la Universidad de Columbia, redacta el proyecto encaminado al cierre de esta célebre institución particular, en contra de los múltiples y vehementes esfuerzos de los padres de los alumnos para impedir su clausura.

La determinación de cerrarla, anunciada recientemente, está de acuerdo con los proyectos de postguerra de la Escuela Normal, que, según palabras de sus directores: «Labora a favor de la enseñanza pública, y se propone en el porvenir realizar más experimentos docentes en condiciones ordinarias.» La Escuela ya está trabajando, en escuelas urbanas de primera enseñanza, en Nueva York, Kansas City, Denver y otras ciudades, así como en otras rurales de diferentes lugares de la nación. A pesar de ello, los padres de los alumnos han considerado que la amenaza de clausura de la Escuela, además de retrasar la enseñanza docente de un millar de estudiantes, constituye un terrible golpe para la enseñanza progresiva, que lleva varios años ensayándose allí.

La Escuela Normal creó esa institución en 1941 con la fusión de dos establecimientos de que estaba encargada: la Escuela Horace Mann, fundada en 1887, y transferida a la Escuela en 1891, y la Escuela Lincoln, fundada en 1917 por la Escuela mediante un donativo de Rockefeller. Ambas instituciones eran de carácter progresivo. El mencionado en primer lugar inició experimentos, de gran novedad entonces, sobre enseñanza manual, ciencias naturales y aprendizaje de idiomas por medio de conversación.

La Escuela Lincoln se creó para asegurar la existencia permanente de trabajos de carácter experimental, con un plan de estudios progresivo que abarcaba actividades tan diferentes como el invento de instrumentos musicales para la orquesta del establecimiento, la construcción de un Banco de madera contrapeada, el pago de las comidas con cheques girados sobre él, graves análisis de las parcialidades cometidas por los periódicos diarios, realizados por chicos de once años de edad, y excursiones de los mayores a la región recuperada para el cultivo por la T. V. A. La Escuela, constituida por la fusión de ambas instituciones, conservó y desarrolló las bellas características de las dos, especialmente en lo referente a su misión de servir como terreno de pruebas para métodos docentes en embrión.

Los enemigos de este tipo de enseñanza—defensores de los sistemas convencionales, a base de lectura, escritura y cuentas—se han complacido en señalar que los alumnos de las escuelas progresivas, al salir de ellas conocen todo género de habilidades poco corrientes, pero son incapaces de leer, pronunciar correctamente el inglés y hacer sumas sencillas.

Pero los estudios y experimentos realizados en los Estados Unidos han demostrado todo lo contrario. La enseñanza progresiva, que se ha descrito sencillamente como el medio de despertar interés mediante utilización de la experiencia del estudiante, como punto de partida, dejándole intervenir en la elección de sus estudios, arraigó en los Estados Unidos a fines del siglo pasado, gracias a la labor de hombres tales como Francis Parker y John Dewey, quienes consideraban que una democracia debía ser la cuna

natural de la enseñanza progresiva. Los hechos parecen haber demostrado la razón de sus convicciones. Experimentos bien organizados y vigilados, tales como el reciente ensayo de estudio de ocho años; la labor de ciertas localidades, tales como la de Winnetka (Illinois), con su Instituto Skokie, y el éxito alcanzado por un profesor particular en una escuela neoyorquina, se combinaron para probar que la enseñanza tradicional de asignaturas fijas resulta menos eficaz que un programa flexible de actividades generales, a cargo de persona competente.

El ensayo de estudio de ocho años fué un experimento docente, realizado a partir de 1932, bajo la dirección de la Comisión de Relación de Escuelas e Institutos, por la Asociación de Enseñanza Progresiva. Ciento setenta y nueve Institutos de Segunda Enseñanza, entre los principales de la nación, suprimieron los ordinarios requisitos de ingreso y admitieron como alumnos a quienes habían cursado sus estudios en 30 Institutos progresivos, públicos y particulares, grandes y pequeños, ricos y pobres y urbanos y rurales.

Aquellos establecimientos gozaron de la mayor libertad en la redacción de su plan de estudios, y en todos ellos se observaron marcadas, y hasta radicales, desviaciones del plan corriente de segunda enseñanza. Se compararon las hojas de estudios de 1.475 de esos estudiantes con las de igual número de alumnos de establecimientos en que no se seguía la enseñanza progresiva. Los resultados demostraron con la elocuencia de sus cifras que los alumnos de las escuelas progresivas alcanzaban un promedio de instrucción ligeramente más elevado y conseguían algunas matrículas de honor más; que los profesores los consideraban más a menudo como dotados de claridad mental y objetividad, y que poseían mayor grado de curiosidad intelectual, disponían de más iniciativa y se interesaban más por lo que ocurría en el mundo. Una Comisión universitaria, en la que figuraban personalidades tan eminentes como el difunto Herbert E. Hawkee, Thomas N. Barrows y Marion E. Park, rectores, respectivamente, de las Universidades de Columbia, Lawrence y Bryn Mawr, confirmó, como resultado de los hechos comprobados, que «el estímulo y la iniciativa de los estudios que se

apartan de lo convencional en los establecimientos de segunda enseñanza dan por resultado mejores inteligencias».

La Escuela Skokie, de Winnetka, nacida aparentemente como resultado del aumento de accidentes de bicicleta en la localidad, representa otra prueba extraordinaria de la eficacia de los métodos progresivos de enseñanza. En una reunión donde se vino a tratar de ese problema de accidentes, la chiquillería se ofreció a redactar unos reglamentos sobre el asunto, y lo realizó de forma maravillosa. A partir de aquel momento la escuela se convirtió en una especie de centro colectivo, donde los niños, además de intervenir en la administración del establecimiento, participaban en los asuntos locales. Se inició una Compañía escolar de seguros cuando una chiquilla, al resbalar, rompió varios platos de la escuela, teniendo que pagarlos. Se creó una Compañía de investigaciones y producción, a fin de fabricar con más baratura artículos escolares, tales como la tinta. En poco tiempo aquellos chiquillos de once a catorce años se encontraron al frente de viveros de árboles, de tiendas de comestibles, de pajarerías y de un Banco de crédito. También tomaron más vuelo los estudios regulares. Los referentes a temas sociales, como la Historia y la Economía, se ilustraron con excursiones a puntos interesantes de Chicago en el autocar de la escuela, y el espacioso salón de actos de ésta se convirtió en areópago lleno de animación, donde los alumnos discutían e interpretaban cuanto veían.

En un aula de una escuela neoyorquina, donde casi se había abandonado todo intento de enseñar a los alumnos a causa de la gravedad del problema de disciplina, un maestro se aventuró a emplear un método más progresivo de enseñanza. Aquellos chicos, que se habían rebelado siempre contra cualquier estudio regular, se interesaron cuando el profesor, en su intento de atraerlos, se valió de su principal afición: la pelota base. Si hacían apuestas sobre los partidos, sus cálculos se aprovechaban para enseñarles aritmética. Escribían crónicas sobre partidos, y leían y comentaban secciones deportivas de periódicos. Aprendían Geografía siguiendo los viajes de sus equipos favoritos sobre el mapa, e His-

toria estudiando deportes de otros tiempos. Y, lo que revistió más importancia, al darse cuenta de la necesidad de reglas en los deportes, comprendieron que también era precisa la autodisciplina en la vida social. La pelota base se convirtió en el foco de todas las actividades de la clase, y los alumnos empezaron a disfrutar aprendiendo.

Los defensores del nuevo sistema de enseñanza sostienen que gran parte de las críticas a que ha dado origen provienen de la incomprensión de los métodos y objetivos. Reconocen, sin embargo, que el nuevo sistema es más caro y que para dar buenos resultados ha de aplicarse en clases de pocos alumnos, a cargo de profesores especializados y provistas de todo género de material. Muchos padres de estudiantes, al igual que los pedagogos, saben perfectamente que la Escuela Horace Mann-Lincoln dispone en abundancia de todos esos recursos. Esperan, por consiguiente, que pueda proseguir realizando su tan poco vulgar tarea.

P. C. H.